



Vol. 8, No. 3, Spring 2011, 116-139
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Poéticas de exilio: María Rosa Lojo, un resquicio ontológico en la dimensión política

Marcela Crespo Buiturón

Universidad de Buenos Aires/Universidad del Salvador/CONICET

Introducción

La literatura argentina parece haber estado siempre vinculada de alguna manera con movimientos migratorios de diversa índole: exilios, inmigraciones, emigraciones, etc., pero la presencia de esta temática ha cobrado un nuevo impulso a partir de la década del setenta, debido a la última dictadura militar y al consecuente exilio—externo o interno—al que numerosos argentinos se han visto confinados.

Tanto desde su sentido directo o literal como desde su opuesto, el metafórico o alegórico, la mencionada experiencia del exilio se ha ficcionalizado en la narrativa argentina proyectando múltiples problemáticas en las que la mirada literaria ha dialogado con otros enfoques (sociológico, psicológico, filosófico, etc.), a saber: la resemantización de los conceptos de lo propio, de lo ajeno y del límite o frontera entre ambos; la conflictividad de la cuestión identitaria; la ambigüedad del término “patria” (explorado como *lengua* o como *sociedad*, entre otros sentidos); la hibridez espacial, temporal y cultural de la condición del exiliado, con su correspondiente problematización de la dicotomía centro-periferia; la utópica figura del regreso desde su

dimensión meramente física hasta la socio-política u ontológica; por citar algunas entre muchas.

Asimismo, puede sostenerse, en términos generales, que la experiencia del exilio—y, en consecuencia, su ficcionalización—, se estructura en tres instancias: la expulsión del espacio propio, que conlleva las figuras de desterritorialización y desarraigo; la inserción en el lugar de acogida, que supone una fractura de la identidad personal y nacional; y el regreso, que deriva en lo que se ha convertido en una de las más cuestionadas y/o cuestionables utopías literarias.

Por otra parte, si bien en la mayoría de los casos se recrea la experiencia del exilio promovida por la última dictadura militar, se registran otros numerosos ejemplos que plantean circunstancias semejantes: exilios políticos o culturales de otras épocas (rosista, peronista, etc.¹) y protagonizados no sólo por argentinos, sino por otras nacionalidades y/o filicaciones políticas (republicanos españoles, judíos, etc.), así como una variante minoritaria constituida por los hijos de exiliados que conforman lo que puede denominarse el exilio por herencia, dentro de los cuales se inscribiría el caso de la escritora argentina María Rosa Lojo, hija de un republicano español exiliado en el Argentina.

En muchos de estos casos, recurre lo que se entiende como un punto de anclaje común que subyace en los planteos citados anteriormente—tanto los literarios como los metaliterarios—y que consiste en la búsqueda de un origen perdido que intenta restablecerse como garantía de hallazgo y definición de la propia identidad personal y como medio para la consecución de la utopía nacional, abriendo un resquicio frente a la ya consolidada postura que, para lograrlo, indaga en el sentido de pertenencia a una sociedad o cultura y que, por lo tanto, plantea la problemática del exilio desde su dimensión eminentemente socio-política (representada esta última por escritores tales como David Viñas, Mario Goloboff, Daniel Moyano, Miguel Bonasso, Luisa Valenzuela, Marta Traba, Mempo Giardinelli, entre otros). Dicho resquicio supondría el arraigo a una fuerza superior inmune al poder humano, con evidentes matices ontológicos y cifrada en tópicos

¹ Juan Manuel de Rosas, Gobernador de Buenos Aires entre los años 1829-1832 y 1835-1852; Juan Domingo Perón, Presidente de la República Argentina, electo en 1946, 1951 y 1973.

recurrentes tales como La Tierra Adentro, la Nación Periférica, los Marginales, el Original Perdido, etc., y estaría planteada—con una presencia cada vez más notoria—por los escritores Olga Orozco (*La oscuridad es otro sol y También la luz es un abismo*), Sara Gallardo (*Pantalones azules y La rosa en el viento*), Ernesto Sábato (*El túnel, Sobre héroes y tumbas, y Abbadón el exterminador*), Héctor Murena (*El pecado original de América*), Juan Martini (La tetralogía de Juan Minelli: *Composición de lugar, El fantasma imperfecto, La construcción del héroe, El enigma de la realidad*) y la antes mencionada María Rosa Lojo (*Canción perdida en Buenos Aires al Oeste, La pasión de los nómades, Finisterre*), entre otros.

El caso de esta última autora es verdaderamente paradigmático para esta cuestión. Su obra se ha convertido progresivamente en un mapa de recorridos del exilio republicano español, sufrido por vía paterna y heredado por ella misma.

En los años en que se desarrolló la Guerra Civil Española, Buenos Aires se constituyó en uno de los grandes centros de la política del exilio. En esta ciudad se desarrollaba una gran actividad cultural española, pues se encontraban—entre otras entidades—importantes editoriales, tales como Losada, Sudamericana y Emecé, así como de acción benéfica: envíos de medicamentos, comida, dinero, etc. para las víctimas de la guerra. El exilio republicano reconoce como momento inicial el fin de la guerra civil en el frente de Cataluña y el paso de miles de españoles a través de la frontera de los Pirineos. Cerca de 400.000 españoles ingresaron a Francia y 40.000 partieron rumbo a América (cifras variables de acuerdo con los distintos autores). Desde 1936 muchos emigrados eligieron Buenos Aires para escapar de las consecuencias de la guerra, debido a los antecedentes migratorios anteriores. En gran parte de la bibliografía sobre inmigración / exilio se hace una diferencia entre inmigración voluntaria e involuntaria. Los inmigrantes, en general y a grandes rasgos, dejan su país para realizar un cambio permanente de residencia; en cambio, los exiliados son forzados a dejar el país y tienen la esperanza de tarde o temprano retornar. Numerosos términos están en danza con respecto a estos últimos. Exiliados, desterrados, peregrinos, transterrados, etc., dependiendo de la actitud adoptada por los protagonistas del éxodo. El exilio debido a la guerra civil fue—siguiendo la clasificación general

propuesta al comienzo: inmigración / exilio- republicano, político, diferenciándose así de la inmigración anterior. La mayoría de los exiliados provenían de Cataluña, aunque no todos eran catalanes (Cataluña había recibido refugiados del resto de España durante los años de la guerra civil). Le siguen luego las provincias cantábricas y las aragonesas. La población exiliada estuvo formada en su inmensa mayoría por intelectuales y sectores privilegiados de la sociedad (segunda diferencia con la anterior inmigración). Algunos aspectos destacables de este exilio son: a) La política migratoria argentina no fue favorable para el exiliado. Debían entrar ilegalmente por Chile, Paraguay o Uruguay, lo cual trajo como consecuencia que las llegadas fueran más escalonadas, siendo la comunidad de inmigrantes mayor en la década del '50, que a principios del '40. b) Muchos españoles—sobre todo los intelectuales—eligieron Buenos Aires porque era la ciudad más europea de América Latina, la ciudad con mayor prestigio y movimiento cultural. c) A pesar de que el gobierno no propiciaba la inmigración, la población los recibió con simpatía (Schwarzstein, 1991). La distinción respecto del inmigrante (siglo XIX, principios del XX), así como también de los que no combatieron en la guerra, fue parte de una compleja trama que constituyó la identidad del exilio. La identificación como exiliados dio origen a una “comunidad de republicanos”. Los hombres se reunían en los cafés de la Avenida de Mayo, desde siempre identificados con la comunidad española. Si el inmigrante buscaba asimilarse idiomáticamente al país, el republicano hizo un esfuerzo consciente por conservar su acento y su vocabulario. Cuando el régimen franquista se hizo más flexible, muchos regresaron a España. Para éstos se planteó el tema del segundo exilio. Muchas familias dejaron hijos y nietos en la Argentina y nuevamente se hizo necesario enfrentar la división del núcleo familiar. Con el paso del tiempo, los que se quedaron en Argentina se fueron desvinculando de la realidad española, que idealizaron en el recuerdo. Desarrollaron así un sentimiento fronterizo de no ser o no pertenecer a ningún sitio (Schwarzstein, 2001).

Como es de entender, la crítica no ha tratado tanto el caso de los hijos como de los propios “protagonistas”, entre otras cosas, por una simple cuestión de envergadura y trascendencia de estos últimos. Pero en Argentina la cuestión de los hijos y nietos de españoles inmigrantes o exiliados es un tema que circula en su literatura y que ha dejado huellas

ostensibles. Por una parte, porque la presencia española, no sólo en las letras, sino también en las costumbres, la arquitectura, el idioma, etc., es innegable, sino también porque es, de alguna manera, comparable con la propia emigración y exilio argentinos, debido a las dictaduras militares (lo que la acerca al exilio republicano) y las crisis económicas (cercanas a los movimientos migratorios españoles de fines del siglo XIX y principios y años '50 del XX). Esta red de confluencias se ve acentuada por casos muy peculiares, en los que se entrelazan ambos países, como lo son los de Luis Seoane y Luis Alberto Quesada. Ambos, nacidos en Argentina, hijos de emigrantes españoles, participaron de la guerra civil y fueron condenados a muerte por el régimen franquista. Curiosamente, los dos se salvaron de la misma por ser argentinos. Estos hijos de inmigrantes, como tantos otros, se encontrarán escindidos entre dos nacionalidades, dos espacios, dos culturas, aunque, por haber participado activamente en la realidad de la guerra y del exilio, mantendrán su fidelidad espiritual a la Península (Guillermo de Torre). Los escritos de estos hijos estarán atravesados por el combate y la nostalgia de esa tierra, en principio paterna, pero también propia. Argentina, querida como lugar de acogida, será una tierra accidental (Quesada). Como en una suerte de gradación, se asiste a una transmisión del sentimiento del exilio: de los protagonistas mismos a sus hijos españoles (en parte, protagonistas también, pero básicamente “herederos”) y, finalmente, a los hijos argentinos, definitivamente ajenos a la experiencia fáctica, pero no a la espiritual. Entre los hijos españoles, la situación es clara: en sus hogares, la evocación de la tierra natal del inmigrante o de la guerra civil del exiliado fueron realidades siempre presentes. Viviendo entre dos polaridades (el mundo abandonado y el *otro*, el de refugio), sintieron en su situación actual la presencia constante de otra dimensión vacante, la cual buscaron permanentemente en toda clase de actividades culturales y sociales. La cotidianidad del hijo del inmigrante: exiliado era la disociación entre dos ámbitos, a la vez propios y ajenos. En este entorno, el uso de la palabra, casi terapéutico (Fernando Devoto y Marta Madero) y más propio del exiliado que del inmigrante, que deriva en una suerte de obsesión, se convierte en una forma simbólica de recordar la propia identidad, por una parte, y, por otra, un escape hacia la utopía del regreso. Los mismos hijos se denominaban “la generación

desorientada”, o bien, “los hombres fronterizos”. Aunque el concepto de frontera es un tanto problemático en este caso, puesto que los límites de lo propio y de lo ajeno no están tan claros como deberían. La indefinición de la nacionalidad y del sentido de pertenencia, así como la dualidad de la figura de España, un país lejano, pero que a la vez está instalado en sus hogares como si un conjuro lo acercara, vuelven traslúcida la frontera entre lo español y lo argentino, lo real y lo deseado. Viven una situación petrificada (Mateo Gambarte), donde sus padres tratan de llenar el futuro truncado—ya que el exilio no permite renovar el modelo de sociedad por el que se luchó, convirtiendo así al tiempo, y no al espacio, en el verdadero tirano que los condena a una ausencia referente que, sin embargo, es una presencia constante—, y donde fomentan el ansia del regreso en sus hijos. Ven en éstos la única posibilidad de futuro, de perpetuación de sus ideales y de sus modelos. Y esto los ubica a caballo de dos patrias, sin una historia propia y con una identificación fragmentada con la sociedad, la realidad y los valores de su entorno (José de la Colina). Es ser siempre “otro”. Es decir, si se plantea la cuestión desde lo que ha sostenido desde el comienzo el estructuralismo, un término sólo puede cobrar sentido oponiéndose a otro término. La sociedad no precisa instaurar a otro para establecerse a sí misma porque de todas maneras está obligada a instaurarlo como fuente y garante del sentido y de la institución. Es lo que Lacan ha llamado “El gran otro”, o “Todo otro” (Lévinas y Ricoeur). Pero en el caso del exiliado o del hijo, en este caso, ese “otro” es él, tanto para un grupo (el expulsor) como para el otro (el receptor). En definitiva, una mutilación de algo que nunca llegó a ser: su propia identidad.

María Rosa Lojo: Su narrativa del exilio.

... los ojos de mi padre, tristes de mar, empañados de tiempo recorrido. La mesa del domingo, cuando comíamos callados y mi padre, sólo mi padre recitaba, tácitamente, casi para sí: “Donde yo me he criado...” Y ya no escuchábamos; lo demás se perdía en la bruma nebulosa de un mito siempre repetido, desesperado y patético como una plegaria inútil. La única plegaria que papá se permitía decir. Yo me miraba las manos y me sentía infeliz, por no haber nacido verdaderamente en ningún sitio.

María Rosa Lojo, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*

María Rosa Lojo se ha constituido en la figura paradigmática de la cuestión del exilio heredado² (Crespo Buiturón, 2008), debido a su origen español, como hija de exiliado republicano, y por estar su obra atravesada por la presencia hispánica del inmigrante o exiliado de las distintas épocas. Nacida en el año 1954 en Buenos Aires, es hija de un marino de la República Española y de una madre proveniente de una familia franquista, situación que hará vivir a la autora en un permanente entrecruzamiento de versiones de su propia historia y de la española, muchas veces contradictorias, que la llevarán a arduas elucubraciones acerca del problematismo de acceder a la verdad histórica.

Su vida como hija de exiliados va a estar signada por una profunda escisión de nacionalidades (la paterna y la del suelo en el que ha nacido), de espacios (la patria frente a la tierra de acogida) y de culturas. En este sentido, el resultado de este movimiento migratorio determinó que el legado de sus padres fuera el del constante sentimiento de vivir en “tierra prestada”. Por lo tanto, sus escritos estarán atravesados por el combate y la nostalgia de esa tierra original y perdida—en principio paterna, pero también propia—, que ha convertido a la Argentina, aunque querida como lugar de acogida, en una tierra accidental.

Este planteamiento ha ido evolucionando a lo largo de sus textos. Iniciándose con su primera novela, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* (1987), de notorios rasgos autobiográficos, es a partir de *La pasión de los nómades* (1994) que la experiencia vivencial del exilio heredado va tomando causas literarios más elaborados y se inserta en un espacio intersticial signado por la imprecisión de márgenes entre la ficción y la reflexión metaficcional, en un conflictivo diagrama de identidades fragmentadas, donde los conceptos de lo propio y lo ajeno deben ser repensados. La peripecia halla su punto culminante en *Finisterre* (2005), la novela que cumple la utopía: el regreso del exiliado. De esta forma, va dibujando en su obra una suerte de recorrido por la historia del exilio, cual si fuera un camino introspectivo de aprendizaje. En las novelas citadas se reconocen los antecedentes de

² He estudiado esta cuestión con exhaustividad en mi tesis doctoral. Algunas consideraciones que propongo aquí son fruto de ese trabajo.

esta temática a lo largo de la historia del pensamiento filosófico y literario imbricados en la propia experiencia familiar y personal de la escritora, todo ello dispuesto en tres etapas que pueden resumirse en una primera de concepción del exilio como una condena (*Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*); una segunda, como un lugar de conocimiento (*La pasión de los nómades*); y finalmente, como la superación del desarraigo (*Finisterre*).

Con respecto a los antecedentes en la historia del pensamiento filosófico y literario, pueden rastrearse en la obra de Lojo, algunos lineamientos generales: Como se sabe, la literatura del exilio en Occidente se remonta hasta los escritores de la Antigüedad misma, quienes dan cuenta de algunos conceptos que aún siguen estando vigentes (Claudio Guillén), tanto para despertar adhesión como cuestionamientos. Desde un posicionamiento que defiende el carácter positivo de dicha experiencia, en textos como *A los exiliados* del cínico Arístipo o en autores como Plutarco, que la considera una forma de alcanzar una suerte de universalidad, o como Séneca, quien descrece de la figura del exilio por concluir que la omnipresencia de la Naturaleza es una confirmación de la inclusión del ser humano en el orden universal; pasando por la visión afligida de Ovidio, para quien la nostalgia anula el efecto unificador de dicha Naturaleza condenando a los hombres a un exilio primordialmente cultural. El tratamiento de esta temática—inscrita como preocupación literaria y filosófica a partir de los trabajos del filósofo latino—continúa en el Medioevo, que apunta a perfilarla como un largo viaje, una búsqueda en donde el hombre, desgajado de su entorno original, se aboca al perfeccionamiento del alma. Dante Alighieri, por su parte, también adhiere en *La divina comedia* al tópico estoico del consuelo de la Naturaleza ante un exilio honroso, pero sacrificado, mientras Ovidio será el modelo de dicha temática en el Renacimiento. Un nuevo matiz será aportado por Shakespeare en *Ricardo II*: El exilio es una vasta metáfora de la separación del homo interior y el homo exterior, un símbolo del hombre desvalido, dramáticamente fragmentado. Por otra parte, desde la tradición bíblica judeo-cristiana, la pérdida del espacio original, el desplazamiento y dislocación, la nostalgia por el “Paraíso perdido”, se instalan en las distintas culturas occidentales. La cuestión de fondo—como ya lo entendiera Séneca en *Consolación a la madre Helvia*—radica en la

conciencia de que el exilio permite al hombre centrarse en dos recursos que le son esenciales: la naturaleza (que es universal) y la virtud (que es propia de cada individuo). El exilio se torna, entonces, un lugar de conocimiento, en el que ser humano comprende mejor lo que tiene en común con los demás, puesto que ha traspasado las fronteras de lo local, de lo particular, y ha ingresado en lo universal.

María Rosa Lojo irá recreando todas estas cosmovisiones en su trayectoria narrativa. Sus personajes retratarán al exiliado atormentado por la pérdida, la fragmentación y el desarraigo, como se evidencia en la siguiente conversación de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*:

-¿Pasa algo, papá?
 Ahora me mira con una dureza que le cuesta muy cara.
 -A mí nunca me pasa nada, Miguel.
 La mano apoyada en el brazo del sillón tiembla más de lo usual y me hace un gesto.
 -Ayúdame a levantarme.
 Cruzamos el patio y caminamos hasta el castaño.
 -En casa había uno como éste, pero mucho mejor, más grande. Figúrate tú que lo cortamos para hacer muebles. En este clima de mierda nada crece como debiera crecer. Donde yo me he criado... (18)

Esta cita atestigua el diálogo entre Juan Manuel Neira, exiliado republicano en dicha ciudad, y su hijo Miguel. La pérdida del Original Perdido, representada en la figura del castaño, es una puesta en abismo del desarraigo sufrido por el personaje, quien siente haber perdido sus raíces y experimenta el exilio como una suerte de condena a una muerte en vida. La anulación del tiempo sintetizada en ese “A mí nunca me pasa nada” anula toda esperanza de superación.

En *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, las historias que recrean el mundo español y lo idealizan serán una realidad constante en la vida de esos hijos argentinos, y el ansia del regreso a una tierra que, en definitiva, les es ajena, será impuesta en sus almas desde el comienzo. El problema identitario aparecerá, entonces, en todo momento: “Sé muy bien que todos los espejos de la casa paterna están para mí inexorablemente rotos” (14), dice Miguel, el hijo mayor; y el sentido de transitoriedad será permanente, convirtiéndolos metafóricamente en “hijos de los barcos”: “La casa... con un tanque de agua que recuerda deliberadamente la chimenea de un barco” (15). La degradación constante del mundo argentino, en pro de otro mundo idealizado, acentuará esta realidad. E instalará el mundo español en la

nostalgia y los sueños compartidos, como lo explicita Irene, quien, como su hermano, sólo podrá ser consciente de ello en la adultez:

Pero aquella vida no tenía más de real que la nostalgia. Era tan lejana como la grave y monótona música de gaita que mi padre había oído tantas veces, con alegría descuidada, en las fiestas de todos los santos patronales.

Música nacida otra vez en mi sueño, reclamándome credulidad absoluta, fervor esencial, lealtad a un mundo que no me pertenece y al que ya no pertenezco. (25)

Estos hijos constituirán una generación suspendida entre dos tiempos (el pasado evocado y un presente borroso) y dos espacios (España y Argentina), en constante espera de un regreso siempre anunciado, que tardaron en superar:

Cada vez que condescendía en hablar, mi madre mencionaba sin cese el regreso a España; deseaba volver tanto como antes había querido quedarse, con la misma obstinación. Yo pensaba, dolorosamente, en Andrés de Almada, y Luis oía los relatos diversos de paisajes, de sueños y de glorias con vaga y abierta curiosidad. Irene miraba al vacío; sin saberlo pertenecía ya a esta tierra... (36)

Y es este vacío el que determinará la separación, el verdadero nacimiento del hijo al mundo argentino. Hasta ese momento, sólo constituirá una suerte de prolongación de la vida paterna. Sin embargo, los padres, nunca conscientes de ello, seguirán viendo en sus hijos la cruel prolongación de su sufrimiento, la herencia implacable de una vida de padecimientos:

Haberme pasado siete años entre la guerra y la cárcel. Y salir vivo y venir a un mundo donde no había guerras, donde no podía haber guerras. Era estupendo, ¿verdad? Pero tenía su precio, todo tiene su precio. Tuve que entregarlo a él³. Él murió de la muerte que yo no tuve. Él cumplió un destino del que yo pensé salvarme entonces... (22)

Y seguirán viviendo, también ellos, como sus hijos, flotando en el mar, detenidos entre dos mundos: “Y después jamás pudo hacerse ya un lugar, ni en este mundo, ni en el otro. Se quedó entre ambos, ni vivo ni muerto del todo, flotando como un corcho que se pudre lentamente sobre mareas diversas” (88). Presos sin retorno, con la nostalgia a cuestas y con la certeza de una muerte anticipada: “Muerte para Neira, el último de los Neira de Loxo. Si lograrse tocar las grandes piedras otra

³ Se refiere a Luis, su hijo menor, muerto en la guerra de Malvinas, entre Inglaterra y Argentina (1982).

vez. Las piedras de los druidas que señalan caminos y a cuyos pies se levantaron hogueras. Espíritus en el aire de Galicia, a la hora en que las espuelas del Apóstol se clavan en el viento, sobre la Catedral” (122).

Así acaba la vida del exiliado, consciente de que el hijo, a pesar de su mitad heredera del mismo sentimiento, jamás concretará el regreso que, con el tiempo, se ha vuelto casi absurdo.

Otros personajes, tras este primer momento de desequilibrio y angustia, capitalizan la experiencia convirtiéndola en un espacio de reflexión y conocimiento, como es el caso de Mariano Rosas, personaje histórico novelado en *La pasión de los nómades*, quien dará el paso inicial para la consecución de la utopía, no plasmada en esta novela, pero sí ya sugerida: ¿Para qué soñar con volver? ¿No sabe que la *mapú*⁴ no tiene ni tendrá dueños humanos, que somos sólo habitantes, que nosotros le pertenecemos a ella, y no ella a nosotros? (183). La pertenencia del hombre a la Tierra, su subordinación a un orden superior, comienza a desligarlo de la idea del desarraigo: No es posible perder la tierra propia, pues ésta no es tal.

La novela recrea el viaje que Lucio V. Mansilla realizara en 1870 hacia tierras ranqueles⁵. Entre lo histórico, lo fantástico y lo mágico, el antiguo general de división aparece en forma fantasmagórica a finales del siglo XX y efectúa un recorrido por su antigua ciudad, Buenos Aires, convertida ya en una gran urbe posmoderna. Para su sorpresa, traba relación con un hada gallega, Rosaura dos Carballos, y con su tío Merlín, el conocido personaje de la saga artúrica. Conocerá a aquélla mientras descansa en la copa de un árbol frente a la casa de la familia Neira⁶, donde tío y sobrina se hospedan, luego del viaje transoceánico que los convierte en nuevos y anacrónicos exponentes de la inmigración europea. Gracias a los artilugios mágicos del hada gallega, Mansilla recupera su corporeidad humana y emprende, junto con Rosaura, Merlín y un *valet* también gallego, una nueva excursión a tierras ranqueles, en torno a un viaje que significará tanto una rememoración de tiempos pasados, como un aprendizaje de la verdadera esencia y sentido de la historia y de la identidad propia y colectiva.

⁴ Tierra, en lengua ranquel.

⁵ Población indígena argentina

⁶ Personajes protagonistas de su anterior novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*. Es lícito recordar que esta familia pertenece al grupo de exiliados republicanos españoles en la Argentina, de origen gallego.

En principio, la imagen del retorno imposible signará la vida del exiliado y, por lo tanto, de Mansilla. Luego, la mención a la casa Neira ratifica la inserción del texto en esta problemática al aludir a una familia de exiliados republicanos que no han logrado su deseo, aunque a la vez, abre una brecha hacia el Interior de la Tierra, ya que Irene, la única hija mujer de esta familia, encuentra su lugar allí y, de alguna forma, construye sus raíces, al casarse con un argentino e irse a vivir a la provincia de Misiones, en el nordeste del país. *La pasión de los nómades* es una suerte de galería de exiliados: Rosaura, Merlín, Mansilla, los Neira, María, Manuel, los ranqueles... Cada uno con sus propias características y razones, pero, en definitiva, compartiendo destinos. Buenos Aires, la ciudad inestable e inabarcable, se constituye en el centro de acogida de una larga tradición migratoria gallega, entre otras nacionalidades. Allí llegan Rosaura dos Carballos y Merlín: “Aún no me daba cuenta de ello, pero secretamente fermentaba en mí la idea de emigrar. Y adónde iba a ser sino a la Argentina, añeja tradición en la tierra de Galicia. No sería la primera vez que una criatura del mundo sobrenatural se marchaba para allá” (26).

Asimismo, Manuel Peña, el *valet* gallego de Mansilla termina cambiando su exilio británico por el rioplatense, a instancias del Coronel: “Al día siguiente—el viaje desde el lugar donde se encontraba era muy largo—tuve la satisfacción de hallar ante mí a Manolo Peña, visible y semitangible, aunque un tanto envejecido...” (71).

Pero, por otra parte, es una ciudad de expulsiones: Miguel Neira emigra a Australia; su hermana Irene, a Misiones y María, el ama de llaves también gallega de esta familia, vuelve a su tierra.

En este entorno, la utopía del regreso—como lo entienden los exiliados en general, es decir, recuperando tiempo, lugar y posición social—es una imagen omnipresente, pues estos personajes sólo piensan en ello, aunque da la sensación de que el único que contempla ingenuamente que esta posibilidad se concrete es Mansilla. Rosaura y Merlín se insertan en otra dimensión, donde, de una forma semejante a la que deberá aprender el Coronel, el retorno en cierto modo es posible; Manuel aparece totalmente resignado a su suerte de errante, siempre y cuando pueda permanecer junto a “su gente”: “Yo he sido muy viajero, pero con los míos, ¿o no le he seguido a usted a todas partes?”(78) El regreso, aunque lo desea, ni siquiera lo contempla: “volver a mi pueblo

donde nadie me conoce ya...” (78) Finalmente, los ranqueles ocuparían un estadio intermedio entre el posicionamiento frente a las fuerzas de la Naturaleza que tienen los magos celtas y el desplazamiento profundo de Mansilla: Les han arrebatado vida y presencia física en la Tierra Adentro, pero sus espíritus continúan allí. Tienen incorporado, de manera ancestral, su comunión con la tierra: Nadie puede quitarles eso. Y es precisamente esa unión la que les permite “sobrevivir” al genocidio. Mansilla, sin embargo, no logrará sino hasta el final entender la lección que le enseña Merlín:

- ... ¿No estaba usted contento por el mero hecho de SER cuando salió de Buenos Aires? ¿No se hallaba dispuesto a tirar por la ventanilla del auto la molesta carga del señor escritor, diplomático y militar don Lucio Victorio Mansilla, sobrino de tal y tío de cual, conocido de medio mundo? Claro que es difícil...
- ¿Qué?
- Liberarse del pasado, lo que no debe confundirse con falta de memoria. Pero sólo eso salva a las naciones y a los hombres. (162-163)

El Coronel de Fronteras, aunque tarda en entender que, al comienzo, ha equivocado el camino: “Ya no pienso constantemente en el porvenir (...) y me conformo con el insólito, fulgurante privilegio del retorno” (45), emprende ese viaje iniciático que, más que una *excursión*, resulta ser una *incursión* hacia el Interior no sólo de su país, sino de sí mismo, un tránsito desde la mentalidad progresista de la generación del '80, claramente europeizante, hacia la espiritualidad de la Tierra Adentro. La nueva excursión no es más que salir de ese espacio híbrido, intersticial, que es Buenos Aires, una suerte de corredor entre la América profunda y Europa. En realidad, Mansilla es entregado por las fuerzas de la naturaleza europeas (representadas por Rosaura y Merlín) a las correspondientes americanas (bajo la mediación de los ranqueles) que, en última instancia, son dos facetas de lo mismo, como lo expresa el hada gallega:

En cambio yo, tan lejos de todo, encuentro demasiado parecidos estos cerros de piedras poderosas a los que rodeaban el hogar de mi niñez, y no veo distancia entre el muérdago y la encina de los druidas y el *voigue* o el caldén que las *machis* utilizaban como escala entre el mundo visible y los compartimentos secretos de los cielos. De alguna manera estoy en casa, en la Casa de Plata que gobierna las mareas y los mares, en la luz fresca y húmeda que es la cara oculta y fértil del sol furioso. (190)

De esta forma, se opera un cambio de polaridad en el concepto de “frontera”, el cual abandona la negatividad para convertirse en el espacio del deseo:

Tantos años de viajes que quizá sólo eran una huída del centro de mí mismo: un lugar inasible guardado entre los médanos junto con el esplendor, los caballos y la vida. Esa vida de cuasi exiliado en las fronteras que entonces me parecía marginal e inhóspita y que hoy veo resplandecer como una fruta madura... (70)

Esto se debe, sobre todo, a que Buenos Aires deja de ser el centro portador e irradiador de significados, el cual se traslada al Interior. Es curioso cómo se transforma el término *frontera* visto desde esta perspectiva. Tradicionalmente, ha desempeñado un rol bastante significativo en la configuración del imaginario nacional argentino, pero con un valor ambiguo de puerta hacia el espacio exterior y, a la vez, hacia lo más oculto de uno mismo. Esta afirmación significaría que la “barbarie” del otro lado de la frontera se convertiría en la cara oculta del hombre civilizado de la ciudad, por lo tanto, formaría parte del mismo: no sería un “otro”. O planteado de otra forma, el otro no representa una alteridad absoluta—como tampoco existe una dicotomía absoluta—, no es un *él*, puesto que confluye con ese *uno* en los márgenes.

Sin embargo, la propuesta de Lojo radica en convertir a Buenos Aires en el espacio exterior y a la Tierra Adentro en ese mencionado centro. De esta forma, la ciudad es el lugar emblemático del exilio⁷, ya que se convierte en el borde por excelencia. El “otro”, el habitante que acecha desde la frontera, ya no es el aborigen, sino el hombre de la civilización posmoderna. La ciudad, antes acogedora, es ahora para Mansilla un lugar con las mismas características negativas que se le atribuían antes al Desierto:

... La ciudad—alta, demasiado alta—se ha tragado todos los espacios (...)

... quise dar la vuelta a mi patria chica, ahora desbordada e inabarcable. Me vi fuera de la vida, indiferente para todos, desconocido entre desconocidos, un nadie sin nada que hacer o que decir a los otros... (65-66)

⁷ La identificación más frecuente ocurría entre el desierto y el exilio, pues tanto uno como otro son espacios de muerte, pero también de creación, del despertar de la imaginación estética.

Por un momento, la frontera es vista como una amenaza: Manuel Peña advierte a Mansilla de los peligros de cruzarla:

-¡Vuelva usted, don Lucio, que lo van a cortar en tiras! No haga el tonto, que esto es una trampa para comérselo como a Solís. ¡Venga, que nos quedaban muchas cosas por hacer juntos! ¡Vámonos a otra gira por Europa! ¡Volvámonos aunque sea con los condenados alemanes, que no se les entiende, pero por lo menos son cristianos! (165-166)

Pero también se la ve como una zona de refugio, donde los nómades se reúnen e intentan encontrar su sitio. Este último no es sólo espacial, sino que se perfila como el lugar de la memoria. Así cobran sentido las apariciones de las viejas figuras del pasado de Mansilla.

Aunque estas ideas recién hallarán su cauce en *Finisterre*, título altamente sugestivo: El final de la Tierra, la orilla española que mira al océano, el mismo del que surgirá la otra orilla, la argentina. Rosalind Kildare, protagonista de la novela, dará con el camino de regreso. Habiendo abandonado su patria gallega, cruzado ese océano, y habiendo sido raptada por los indios ranqueles de la Pampa Argentina, luego de muchos años vuelve a abandonar su ya segunda patria camino de regreso a Galicia. *Finisterre*, o como se ha titulado en su versión gallega: *A fin da terra*, también trata la historia de una joven, Elizabeth Armstrong, hija de un comerciante inglés que viaja al Río de la Plata por negocios. Allí la concibe con una mujer indígena. Aunque la niña nace en tierras australes, su padre la lleva a Londres para que reciba educación europea y le niega toda información sobre sus orígenes. Lo único que Elizabeth conserva de su madre es un pequeño retrato que, por la apariencia aborígen del rostro, algo le deja entrever. En el invierno de 1874, recibe la primera de una serie de cartas, escritas por una tal Rosalind a la que no conoce, desde el Cabo de Finisterre. En ellas, poco a poco, irá instruyéndose acerca de los pormenores de ese viaje que hubiera emprendido su padre y que sería el inicio de su historia. A Rosalind la acompañan en su regreso a Galicia, las palabras de un *machi*⁸ ranquel: “¿No sale el sol y cae la lluvia para todos, aun para los malvados?—volvería a decirme Mira Más Lejos—. Ancha es esta tierra, nuestra madre y madre tuya. Para ti son sus dones. Cuando todos se mudan, ella queda, y su paciencia tampoco tiene fin” (182).

⁸ Médico, en lengua ranquel.

Y la harán comprender que “... soy Rosa, la hija de María Josefa y del Irlandés, y soy *Pregunta Siempre*, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte” (181).

En esta tercera etapa del tratamiento de la problemática del exilio, luego de sus dos primeras novelas, cobra mayor densidad, a la vez que se camufla más eficazmente en la ficción misma, la dimensión metaficcional, como se verá en el siguiente apartado.

El otro borde: Entre la ficción y la metaficción. Una manera diferente de aproximarse a la problemática del exilio

El exilio como condena, como espacio de reflexión y conocimiento y como puerta de acceso a lo universal transita por su obra ficcional, así como por sus reflexiones metaficcionales.

Por su inclusión en el ámbito de la investigación literaria, Lojo también atenderá a la reconsideración de aquellos planteos provenientes de los citados antecedentes del pensamiento filosófico-teológico desde diversas disciplinas que aportan nuevos o semejantes enfoques y que tendrán notoria injerencia en la comprensión y tratamiento de la problemática del exilio en la literatura. Resulta necesario puntualizar, sin embargo, que el universo metaficcional se ve claramente imbricado en la ficción misma y que la autora prepondera siempre lo poético.

Así, indagando en lo sociológico, la autora propone la ficcionalización de uno de sus principales planteos: la diferencia significativa entre persona e individuo, la cual radica en la exterioridad de la primera frente a la interioridad del segundo. La persona, en tanto que arquetipo, vive y repite los instintos creativos de la colectividad. Por otra parte, se establece una relación entre apariencia y cuerpo social, que recuerda el paralelo tomista hábito-habitus y en la que el cuerpo propio en la sociedad actual tiende tanto a exacerbarse como a consumirse en el cuerpo colectivo (Michel Maffesoli). Asimismo, se producen las llamadas *identificaciones espaciales*. Los grupos dibujan de alguna manera su forma en el suelo y encuentran sus recuerdos colectivos en el marco espacial definido de este modo. Hay, así, tantas maneras de representar el espacio como grupos. La ciudad se vuelve sensible y relacional. Las sensaciones, olores y ruidos conforman una

teatralidad cotidiana que la convierte en un objeto animado. El espacio crea, entonces, una memoria colectiva que permite la identificación. En este sentido, el lugar antropológico es el principio de sentido para aquellos que lo habitan y se define por tres rasgos: es identificatorio, relacional e histórico (Marc Augé y Michel de Certeau). Miguel Neira, el personaje ya citado de la primera novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* sintetiza con claridad estos conceptos al volver a su casa natal:

Una emoción sin sentido (...) se prolonga cuando me voy hacia adentro por las veredas todavía quietas. (...) Todo está igual y es distinto, hasta el colegio de curas donde fui cuando chico, con su roja mansión de estancia en el centro, tan francesa y por eso mismo (¡ay!) tan argentina, semiescondida ahora por un enorme techado de aluminio que quiere ser un gimnasio ultramoderno. Doblo la esquina de tantas tardes, y ahí mismo, enfrente, la casa (...) con un tanque de agua que recuerda deliberadamente la chimenea de un barco... (14-15)

Miguel, el hijo del exiliado, en su mundo tan francés y por eso mismo tan argentino—notoria paradoja de la identidad nacional, hecha a fuerza de mezclas de culturas—, percibe claramente que la casa paterna, así como sus dueños, denuncian la pérdida de ese lugar antropológico del que habla la sociología. Sus padres, los exiliados, todavía viven sobre la cubierta de un barco, con las raíces al aire.

Tanto el espacio como el tiempo son creaciones que se fundan en la narrativa a partir de su propia materia: las palabras. Es decir, ya hablemos de espacios o tiempos geográficos o epocales, psicológicos (interiores del personaje) o metafísicos, existen sólo en virtud del lenguaje que los configura. Son ficciones sugeridas, sin representaciones tangibles. En realidad, sólo a partir de una abstracción formal se pueden separar ambos elementos en el marco de una ficción, pues son dos categorías que se presentan indisolublemente unidas y ligadas a la percepción estética del tema novelístico. Parece lícito, entonces, remitirse a un concepto que fue elaborado inicialmente por sir Arthur Eddington, el físico inglés, para señalar el carácter direccional del tiempo, aunque a la vez pueda relacionarse con el espacio: *la flecha del tiempo*. Ésta demostraría que los fenómenos suceden según un orden que va del pasado al futuro. Paralelamente, los espacios se medirían desde un *aquí* hacia un *allí*. Este carácter direccional del tiempo y del

espacio dependería, por tanto, de una concepción lineal de los mismos. Pero ni el tiempo ni el espacio en los que se inscribe el exiliado pueden medirse siguiendo estos parámetros, por lo que es necesario dar paso a la noción de infinito. De todas formas, históricamente la concepción unidireccional e irreversible del tiempo y del espacio es relativamente reciente, ya que en la Antigüedad predominaba la circular de los mismos. Un ejemplo clásico de esta concepción sería la propuesta estoica de la ecpírosis. La experiencia vital (nacimiento, crecimiento, envejecimiento y muerte) del ser humano se situaba en el marco de un tiempo cíclico. Por lo tanto, es lógico considerar la posibilidad de un retorno, como lo sugieren las palabras de Rosalind Kildare, la protagonista de *Finisterre*:

He cruzado dos veces el Océano y el Río del Olvido.
 Por dos veces he tenido que olvidar quién era y quién había sido,
 y lo que deseaba y lo que temía y ahora soy solamente una niña
 vieja.
 Quien olvida dos veces nada olvida. (181)

Por otra parte, Lojo también enlaza su visión del exilio con el concepto de lengua como uno de los marcadores simbólicos de la identidad sociocultural más importante, mediante el cual el individuo puede sentirse miembro de un grupo y los miembros de otro pueden ser discriminados, puesto que se entiende a la interdiscursividad como sociodiscursividad (Nicolás Rosa). Lo que se dice sólo puede definirse en función de lo que no puede decirse en una sociedad dada. Los tabúes y censuras discursivas marcan el lugar de los discursos, pero también su exclusión. Esto produce una extensión discursiva e imaginaria polifonía en la superficie, que encubre fenómenos de silencio, clausura, mudez y ostracismo de otros discursos. Lo literario es, en este marco, una confluencia de enunciados que migran, aceptan, transforman, divergen y modifican. Más allá de la diversidad de los lenguajes que se ponen en funcionamiento en una sociedad dada, se deben identificar las dominantes interdiscursivas: maneras de conocer y de significar lo conocido propias de cada sociedad, que regulan y trascienden la división de los discursos establecidos. En este sentido, se habla de *hegemonía* para referirse al conjunto de recurrencias que se mantienen y se desarrollan durante un tiempo. Entre los elementos que la componen es interesante destacar las *bases tópicas*, es decir, los enunciados del verosímil social, pues la hegemonía sirve tanto para

legitimar ciertos enunciados como para expulsar “otros”. En esta realidad lingüística debe insertarse el inmigrante / exiliado y lograr la superación de esta barrera (Marc Angenot). Lojo comenta en su autobiografía que:

Tanto mi padre como mi madre se aferraron a la lengua “del otro lado”⁹ y me educaron en ella escrupulosamente (...) ... en la vida cotidiana, antes de ir al colegio, yo hablaba con “ces” y con “zetas”, de “tú” y de “vosotros”¹⁰, como si acabase de pasar por la Aduana. Extranjera en mi propia tierra, fui un objeto de fascinada curiosidad los primeros días de clase. (91)

Ser extranjera en su propia tierra resume, sin lugar a dudas, la experiencia del exilio heredado por los hijos. La lengua, que coloca a los exiliados en la posición de un “otro”, ajeno y exterior, es la misma que denuncia la escisión y fragmentación no sólo de los padres, sino también de sus herederos. Lojo continúa: “Por supuesto, pronto me aclimaté, y me convertí—lingüísticamente—en una argentina más. Pero solo de puertas afuera. En la intimidad de la casa perduraron, hasta la muerte de mis padres, el “tú” y el “vosotros”... (92)

El sujeto cultural constituye una instancia que integra a todos los individuos de la misma colectividad puesto que, de acuerdo con él, la cultura requiere la sumisión de la subjetividad en el seno de la misma representación colectiva que la aliena (Edmond Cros). Cuando el sujeto se instala en esta estructura las formas hablan por él. Esta idea de la subjetividad como producto del lenguaje implica ya una división entre el sujeto que habla y el sujeto hablado, una alienación en el discurso. De esta forma, la emergencia del sujeto supone un pasaje del dominio de la lengua al del habla, ambos constitutivos de la antinomia en el sujeto (Emile Benveniste). En este entorno, fuera del lugar de origen, el exiliado ingresa en un mundo polifónico que constantemente le recuerda su extranjería, su desgajamiento del grupo cultural al que pertenece. Y es esto, en especial, lo que acentúa su sentimiento de extrañamiento y pérdida.

La cultura puede ser definida, entonces, como espacio ideológico cuya función objetiva consiste en enraizar una colectividad en la

⁹ Se refiere, obviamente, a la española, del otro lado del océano, vista desde la Argentina.

¹⁰ Recuérdese que en el español rioplatense se homologa fonéticamente la “c” y la “z” y no se utilizan los pronombres peninsulares para las segundas personas del singular y plural, sino el “vos” y el “ustedes” respectivamente.

conciencia de su propia identidad. Su característica fundamental es ser específica: sólo existe en la medida en que se diferencia de las otras y sus límites vienen señalados por un sistema de indicios de diferenciación. Funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia. No es una idea abstracta, sino que existe a través de manifestaciones concretas: el lenguaje y las diversas prácticas discursivas; el conjunto de instituciones y prácticas sociales; y su particular manera de producirse en los sujetos, conservando, sin embargo, idénticas formas en cada cultura (Edmond Cros).

En el caso argentino en particular, que se caracteriza por lo que Néstor García Canclini (1977) denominara cultura híbrida—heterogeneidad multitemporal y multiétnica, coexistencia y fusión de lo arcaico, lo moderno y lo posmoderno; de lo culto, lo popular tradicional y lo masivo, una sociedad donde el concepto de frontera se halla en permanente cuestionamiento y peligro si no de disolución, al menos, de inestabilidad—estos núcleos de discusión se vuelven especialmente complejos y despiertan una motivación que se encuentra subyacente en gran parte de la producción tanto ficcional como crítica de muchos de los escritores de las últimas décadas: la disolución de las grandes dicotomías, por concebirlas como simulacros teóricos que sólo hallan su explicación en el intento de preservar la hegemonía de las esferas de poder: Lo europeo frente a lo argentino; la civilización versus la barbarie, cuyos escenarios tradicionales han sido la ciudad y el campo respectivamente, entre otras antinomias, son cuestionadas a partir de dos ejes: la heterogeneidad del origen de los personajes—que se resuelve en una nueva forma que resquebraja la oposición entre lo propio y lo ajeno—y la dualidad de la naturaleza humana. Lojo lo deja bastante claro en las palabras de Manuela Rosas, otro personaje de *Finisterre*, que le explica a Elizabeth Armstrong—una joven nacida en la Pampa Argentina, pero llevada desde pequeña a Inglaterra por su padre, intentando este último borrar todo vestigio de la memoria ancestral indígena a la que pertenece por vía materna—cuán fácil debería ser resuelto su conflicto identitario:

-Pues será usted una india inglesa, y no hay en ello ninguna tragedia, nada que no pueda resolverse. Así se ha hecho América. Mezclando y revolviendo sangres y cuerpos, entrelazando lenguas. No renuncie a nada. Quédese con sus dos herencias, aprenda de unos y de los otros. Si su padre no quiso ver esto por torpeza y obcecación, véalo usted.

-Justamente por eso quiero ir. Para ver a los otros que también son los míos. (154)

En parte como consecuencia de dicha postura, se opera en esta narrativa una reinserción de los marginales (aborígenes, mujeres, exiliados, etc.) ocupando ya no el ámbito de la barbarie o la exclusión, y se propone su integración con la idea borgiana de asumir la tradición universal como herencia legítima, sin encerrarse en lo específicamente argentino, si es que esto fuera posible. De esta forma, se intenta concretar estas dos propuestas—la reinserción de las identidades borradas y la legitimidad de la tradición universal—transformándolas en base constitutiva de sus planteamientos ficcionales y críticos.

Estas dicotomías desbaratadas apuntan a un concepto que se encuentra latente en cualquier antinomia, que Freud llamó *Das Umheimlich*, lo siniestro, lo que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado, y que dialoga con su opuesto *das heimlich*, que puede traducirse ambigualmente tanto como lo familiar, lo íntimo, como lo secreto, lo oculto (Friedrich Schelling). Estas últimas acepciones han sido llevadas más allá y desembocaron en lo ocultado, lo escondido, lo peligroso. En este sentido, *das heimlich* ha evolucionado de una forma ambivalente que lo ha acercado a su opuesto. Para Jentsch, lo siniestro sólo afloraría en el caso de que el hombre estuviera desorientado, perdido. Si, por el contrario, se encontrara orientado con respecto a su entorno, sería más complicada la aparición de dicha sensación. Por esto mismo, exiliados y marginados, se enfrentan casi cotidianamente con lo siniestro. No representa nada nuevo, sino algo que siempre nos fue familiar y que sólo se volvió extraño mediante un proceso de represión. Trasladando el concepto desde la psicología personal a la social, y de ésta a su ficcionalización literaria, esta postura se plantea desde una serie de elementos que adquirirán esta condición: seres, lugares, fenómenos relacionados con un origen ocultado que se muestran ambiguos, extraños y familiares a la vez. Éste es el escenario donde se encuentran e igualan los opuestos, constituyéndose uno en el doble del otro, y apelando a la restitución de la unidad perdida. En literatura, este andar en pos de dicha unidad, que linda con lo metafísico-religioso, halla su correspondencia en las búsquedas románticas, surrealistas y simbolistas, cuyos planteos son solidarios, de diversas maneras, con la coincidencia de los opuestos y su posible

superación (Sauter). En última instancia, esa superación implica también la participación en lo absoluto, dejando atrás lo fragmentario y aunando la esencia del uno mismo con la Totalidad (Joseph Campbell). Resultaría entonces plausible sostener que alcanzando la anulación de las dicotomías absolutas es posible integrar las dos orillas opuestas (España y Argentina) en un “borde” común donde pueda posicionarse el hijo del exilio. O como lo ironiza Borges personaje en *Las libras del Sur*, otra de sus novelas, donde también abundan figuras de exiliados:

Borges apareció enseguida. Estaba contento. Excesivamente, a juicio de Carmen.
 -Pero hombre, qué le pasa. Parece un chico que se va al circo.
 -Salir de Buenos Aires siempre me pone así.
 -¿Por qué? Yo pensaba que usted era un bicho de ciudad.
 -Bicho seré si quiere, pero no del todo urbano. Si lo que más me gusta de la ciudad es lo que le queda de pampa. (136)

Como en toda mitología, María Rosa Lojo accede a este conocimiento a través de un viaje iniciático. Transitará del desarraigo más absoluto de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, pasando por ardorosas elucubraciones teóricas –camufladas en la ficción- en *La pasión de los nómades*, para culminar viendo el camino que la conducirá a la consecución de la Utopía en *Finisterre*. Y, por primera vez, posicionándose en ese borde, se atreverá a ensayar una manera de autodefinirse en su *Mínima autobiografía...* tras las palabras “exiliada hija”. De esta forma, cerrará, a partir de la ficción de sus textos, el ciclo del eterno retorno del exiliado, anulará el efecto del éxodo paterno y construirá una figura nueva, inscrita en un espacio desprovisto de dicotomías negativas, en un borde en el que es posible integrar las diferencias, desde el que puede elaborar la imagen de su identidad:

No renuncié a ninguna de mis tierras, a ninguna de mis historias. Tengo una doble identidad, así como una doble ciudadanía. La escisión, la ambivalencia iniciales, se han convertido en intrincada riqueza. Puedo mirar a España desde la Argentina y a la Argentina desde España. (95-96)

Bibliografía

- AA.VV. “Homenaje a Guillermo de Torre” en *Ínsula*. Madrid, N°272, marzo 1971.
- Angenot, Marc. “La inscripción del discurso social” en *Sociocriticism*, N° I Juillet, Ontario, 1985.
- Augé, Marc. *Los “no-lugares”. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- Beneviste, Emile. *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI, 1995.
- Botana, Natalio R. *La tradición republicana*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México: F.C.E., 1999.
- Castoriadis, Cornelius. *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. París: Éditions du Seuil, 2002.
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- Colina, José de la. “La palabra exilio” en *Letras libres*. Año I, Nro. 8, (agosto 1999): 76-77.
- Crespo Buiturón, Marcela. *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. www.cervantesvirtual.com, 2008.
- Cros, Edmond. *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.
- Devoto, Fernando y Marta Madero [dir.]. *Historia de la vida privada en la Argentina*, Tomo 3. Buenos Aires: Taurus, 1999, 111-129.
- Eddington, Arthur S. *La naturaleza del mundo físico*. Buenos Aires: Sudamericana, [1937] 1952.
- Eliade, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Guadarrama, 1973.
- Freud, Sigmund / HOFFMANN, Ernst T.A. *Lo siniestro / El hombre de arena*. Buenos Aires: Homo Sapiens, 1982.
- Gambarte, Mateo. *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*. Lleida, Universitat de Lleida, 1966, 71-73.
- García Canclini, N. *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Gedisa, 2004.

- Guillén, Claudio. *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*. Barcelona: Quaderns Crema, 1995.
- . *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*. Barcelona: Quaderns Crema, 1995.
- Hall, Edgard. *La dimensión oculta*. Madrid: Siglo XXI, 1983.
- Lacan, J. *Seminario VII*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Lévinas, Emmanuel. *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Lojo, María Rosa. *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*. Buenos Aires: Torres Agüero, 1987.
- . *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- . *La pasión de los nómades*. Buenos Aires: Atlántida, 1994.
- . *Las libres del Sur*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.
- . "Mínima autobiografía de una exiliada hija". *L'exili literari republicà*. Tarragona: URV (2006): 87-96.
- Maffesoli, M. "Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas". *El sujeto europeo*. Madrid: Pablo Iglesias, 1990.
- Mateo Garbante, Eduardo. *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*. Lleida: Universitat de Lleida, 1966.
- Quesada, Luis Alberto. "Literatura y política" en *El exilio literario español de 1939*. Tomo I. Barcelona: Gexel, 1998, 661-668.
- Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996.
- Rosa, Nicolás. *Manual de uso*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 1988.
- Sauter, Silvia. *Teoría y práctica del proceso creativo*. Madrid: Iberoamericana, 2006.
- Schelling, Friedrich. *Antología*. Barcelona: Edicions 62, 1987.
- Schwarzstein, Dora. "La conformación de la comunidad del exilio republicano en la Argentina" en *Inmigración española en la Argentina (Seminario 1990)*. Buenos Aires: Oficina Cultural de la Embajada de España, 1991, 221-231.
- . *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*. Barcelona: Crítica, Contrastes, 2001.